

Acad. II
Esp-123

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

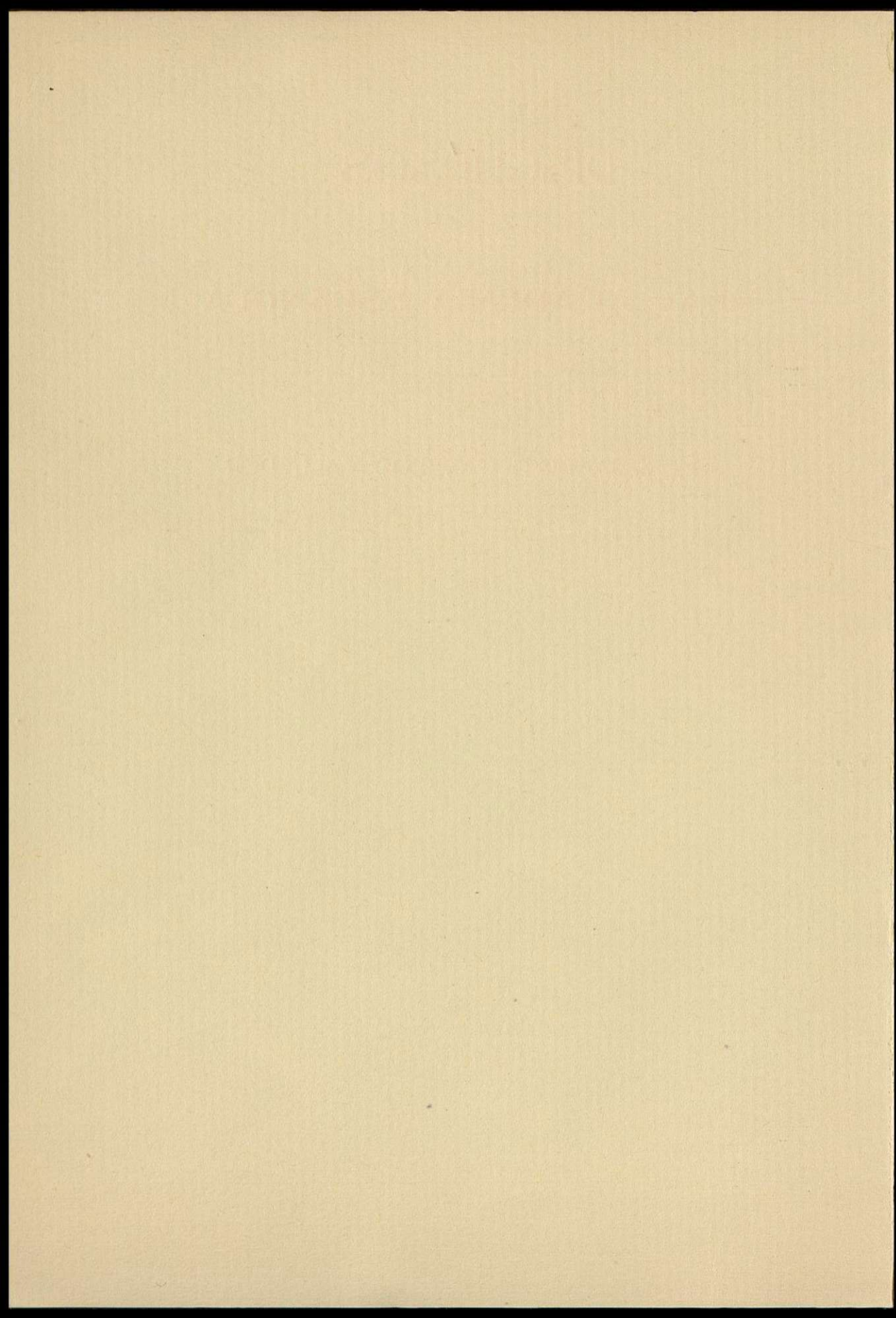
DE

DON ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR

EL DÍA 7 DE ABRIL DE 1929



MADRID
Tipografía de la "Revista de Archivos"
Olózaga, núm. 1
1929



R40789



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR

EL DÍA 7 DE ABRIL DE 1929



MADRID
Tipografía de la "Revista de Archivos"
Olózaga, núm. 1
1929

1877

BOOKS

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

OF AMERICA

PAYO GÓMEZ CHARIÑO

ALMIRANTE Y POETA

DISCURSO

DE

DON ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR

Electo para la Sección de lengua gallega.

ORIGINAL - 1800 - 1850

1800 - 1850

1800 - 1850

1800 - 1850

1800 - 1850

Bien quisiera yo, señores Académicos, poder valerme en la ocasión presente de aquella hermosa lengua cuyo representante habéis querido que fuera entre vosotros; de aquella lengua hermana de la de Castilla, pero que, más feliz o más desventurada, no tuvo sus espléndidos desarrollos, antes detenida en su evolución natural, se ofrece cual supervivencia venerable, siendo como medio entre el latín y el castellano; lengua un tiempo universal intérprete de poesía, ceñida ahora a las topográficas sinuosidades de una comarca; lengua ataviada con las modestas pero añejas galas de la nobleza campesina y que hoy canta y aletea, como la alondra, para saludar un nuevo sol que amanece:

“idioma en que garulan os paxaros,
en que falan os ángeles os nenos,
en que as fontes salouzan e marmullan
entre os follosos árbores os ventos;

.....
fecundo nune do úneco Rey Sabio
que no solio de España tivo asento,
arpa inmortal da doce Rosalía,
do infortunado Añón himno postreiro.”

Lengua nacida para enamorar y para agradecer, que solamente de gratitud debiera hablaros quien tantas y tan altas mercedes tiene recibidas de vosotros y acaso en esa dulce lengua acertara a expresar toda la profundidad de mi agradecimiento.

Y bien quisiera yo que al desplegar estas páginas brotasen de entre ellas los perfumes y armonías del país de donde vengo: las salobres brisas de sus costas bravas y las plácidas auras de sus rías helénicas, el arrullo de sus pinares sombríos y de sus maizales rumorosos, el aroma de las robledas centenarias y de los henos otoñales, el melancólico *alalá* de la moza enamorada expandiéndose por

valles siempre verdes entre tórtolas y castaños y el *aturuxo* retador del montañés fornido que repercute en las cimas y estremece las hojas de los alisos tembladores..., toda la mágica cadencia de Galicia, para que ella las vistiese de egregia poesía, la poesía que os es debida y que yo no sabré darles.

De poesía intento hablar, sin embargo; de poesía pretérita, si es que la eterna vitalidad del arte poética, como nacida en la rai-gambre de nuestros sentimientos más humanos, puede alguna vez antojársenos pasada o marchita. De poesía medioeval, en fin: de esa admirable poesía lírica contenida en los cancioneros galaico-lusitanos, donde juglares y trovadores, soldados y burgueses, clérigos y magnates, príncipes y monarcas, erigen grandioso monumento a la triunfante espiritualidad de la tierra gallega, sólo comparable a la hegemonía material que sus políticos y sus guerreros supieron, por varios siglos, conquistarle.

Uno de ellos entresaco. Señores, voy a discurrir brevemente acerca de *PAYO GÓMEZ CHARIÑO, almirante y poeta.*

Cuentan que visitando la Reina Católica la sepultura de Ramón Bonifaz en Burgos, dispuso borrar aquellas arrogantes palabras “que ganó a Sevilla”, puestas en el mausoleo, por “que fué en ganar a Sevilla”, como más conformes a la verdad y a la buena memoria de San Fernando. Semejante corrección reclama el epítafio de *PAYO GÓMEZ*, cuya tumba, más afortunada y más pomposa, puede verse todavía en la iglesia de San Francisco de Pontevedra, panteón de enterramientos muy notables.

Suspenso queda el ánimo al contemplar en la suave penumbra del recinto la pétrea efigie allí esculpida. Obra de rudo cincel, muda permanece a nuestra demanda negándose a persuadirnos de su fidelidad; facciones, expresión, continente, nada revela el trasunto de un almirante poeta. Mas aunque falta de carácter, es harto venerable por su antigüedad y por su misma candidez artística.

Así lo comprendieron nuestros mayores y en torno de aquel sepulcro floreció la tradición y floreció la leyenda en rosas de entusiasmo. La figura del héroe se pierde en la lejanía, agrandándose a la par que se imprecisa y desvanece; los que de él escriben, siempre brevemente, reiteran idénticas vaguedades, idénticas conjeturas, cual eco de obstinada reflexión gimiendo en la selva oscura del pasado, cual si un velo impenetrable cubriese para siempre su vida y

sus acciones. Falta de diligencia, exceso de lirismo. No se coordinaron las noticias dispersas, apenas se aportaron sus canciones, suspiros de un alma remota que por ellas se acerca a nosotros.

Y sin embargo, CHARIÑO merece particular estudio por el innegable valor de sus cantares y por símbolo representativo de su tiempo y de su raza: del tiempo heroico en que se plasmaron las más genuinas modalidades de la patria y de esa raza laboriosa, constante, inteligente, audaz, aventurera, soñadora, inquieta de espíritu y sentimental de corazón, que en los siglos medios labró la reconquista territorial de España y en los actuales labra la reconquista espiritual de América.

Dice su epitafio que fué muy noble caballero, primer señor de Rianjo, que obtuvo los privilegios de Pontevedra y “que ganó a Sevilla siendo de moros”. Exageración tan insufrible hubo de excitar protestas, y extremando la duda, quiso negarse todo: la autenticidad del sepulcro mismo y casi la existencia del sepultado. Un historiador ilustre, extraño enemigo póstumo del viejo trovador, escribe tan injusto como apasionado, “que ni CHARIÑO asistió a la conquista de Sevilla, ni fué Almirante de Castilla, ni señor de Rianjo, ni hay palabra de verdad en el epitafio compuesto mucho tiempo después que el ensalzado pasara a mejor vida”. Por acaso le resta el lauro de poeta, desconocido para el historiador académico.

Nebuloso como el cielo de su patria ofrécese el origen de nuestro caballero, abstruso a la curiosidad que en vano intenta despejar las brumas que rodean su cuna, como tantas veces rodearían su nave en las tardes invernizas de la costa de la Muerte. Hasta el propio nombre es asunto de perplejidad. Tal vez no ha sido bien interpretado o bien leído, haciendo perdurar en las letras iniciales una fonética ajena a la grafía medioeval; tal vez verdaderamente se llamó *Cariño*, PAYO GÓMEZ CARIÑO, respondiendo esta designación a un apelativo geográfico o a mote familiar y afectuoso. A lo menos nos consta documentalmente la existencia de un rico caballero llamado *Cariño* por aquellos días, y en Pontevedra.

Confusa aparece también su stirpe. Los genealogistas, para quienes no suele existir cerrazón en los horizontes históricos, le adjudican diversos progenitores, aunque siempre sin la necesaria probanza. Según unos, desciende del imaginario solar de “Chirino”, como si él se hubiese llamado nunca de este modo ni en Ga-

licia se conociese tal linaje, y, según otros, del de aquellos célebres Dezas-Churruchaos, héroes semimitológicos de la historia galaica, sangrientas víctimas no vengadas en la infame traición de la Rocha y villanos sicarios de la tiranía en el propio santuario de Compostela. Verosímil se hace la filiación de la casa de Aldán o Aldao, enlazada con la de Mariño, familias ciertamente gallegas y entroncadas desde antes. Según esto, *Gonzalo Gómez de Aldán* y una señora de *Mariño* serían los padres del Almirante.

De cualquier modo, es indudable la importancia de su estirpe, pues dos hermanas conocidas obtuvieron muy honrosos casamientos. Fué la una *Doña Teresa*, esposa de Garci Pérez Sarmiento y progenitora de los Condes de Ribadavia y de Santa Marta de Ortigueira; fué la otra *Doña María*, mujer de don Juan García de Villamayor, privado de Alfonso X y nombrado por él "adelantado mayor de la mar", circunstancia digna de repararse.

También la patria se duda. Theophilo Braga habla de CHARIÑO "em portuguez", sin más razón que hallarlo en el *Cancionero de la Vaticana*, como si este cancionero no fuese más galaico que lusitano; pocos indican su nacimiento en Rianjo, guiados por el hecho de haber gozado PAYO GÓMEZ este señorío y el recuerdo de haber existido allí su castillo. Generalmente se tiene a Pontevedra por el lugar de su nacimiento y lo abona la tradición de que contribuyó a establecer la comunidad franciscana, el hecho de ser Pontevedra lugar de su enterramiento y que a él le deba la concesión o confirmación de varios privilegios. Sabemos por documentos que en Pontevedra tuvo sus palacios y que en ella poseía su viuda casas y heredades.

Allí, pues, debió de nacer CHARIÑO, sobre el año de 1225, y allí, en las márgenes del incomparable Lérez, sus juegos infantiles le irían familiarizando con el tráfago marino y con los horizontes del mar, nunca más hermosos que en la maravillosa bahía de Marín y de Estribela. Pronto habrá podido distinguirse en alguna empresa marítima, y pronto su genio aventurero le inclinaría a navegar en los buques frecuentemente construídos y equipados en aquellas costas.

Que DON PAYO fué hombre de mar lo demuestran con tanta claridad sus trovas, que a veces parecen traernos prendidos aleteos de las brisas y copos de espuma; no se fingen su realidad y su frescura. La comparación del Rey con el Océano bastaría para acreditar-

lo. Hay una cántiga que ella misma declara estar compuesta a bordo y otras muchas lo serían para distraer los forzados ocios, ya en las interminables horas de la calma enojosa, ya en los gustosos largos a impulso del nordeste, cuando la brisa vernal gime en las jarcias y las ondas murmuran en la estela.

Nada sabemos de sus navegaciones, nada de sus empresas juveniles. Suponerle colaborador en la conquista de la ciudad jienense porque una canción suya remata con el estribillo

mirarei, madre, as torres de Geen,

nos parece demasiado aventurado; aparte de que las alusiones a la toma de Jaén constituyen casi un tópico en los apógrafos italianos.

La conquista a que contribuyó PAYO GÓMEZ fué la de Sevilla. Así lo dice el epitafio de Pontevedra y no hay por qué dudarle razonablemente; las apasionadas controversias de hace sesenta años sirvieron para afianzar una verdad hoy admitida hasta por los especialistas.

Notoria se advierte la predilección de San Fernando por los gallegos, como de quien, por haberse criado en Galicia y verosímilmente ser nacido en ella, tenía bien conocidos a sus nobles y cuanto de ellos era lícito esperar; su corte estuvo poblada de caballeros galicianos y entre gentes de Galicia repartió las más elevadas dignidades. Igual hubo de acontecer en las huestes de las conquistas andaluzas.

A la de Sevilla asistieron, entre otros, don Pelayo Pérez Correa, insigne Maestro de Santiago; don Lorenzo Suárez Gallinato, cuyas hazañas pasaron al *Conde Lucanor*; don Rodrigo Gómez de Traba, señor de Trastámara, el principal magnate de Galicia en su tiempo; don Andrés Fernández de Castro, pertiguero de Santiago; don Munio Fernández, Merino mayor del reino; don Garcí Pérez de Ambía, señor de Temes y Chantada; don Fernán Rodríguez de Castro; don Domingo Ruíz de Ribadavia, y otros muchos de menos resonancia que, sin embargo, aparecen heredados en el *Repartimiento*.

Los repetidos éxitos de las campañas anteriores, la seguridad inspirada por la hueste y la confianza y entusiasmo que todos por el Rey sentían, dieron a la conquista de Sevilla un aire caballeresco que ninguna otra guerra fronteriza ostentó hasta la toma de Gra-

nada. Los paladines, henchidos de emulación, rivalizan en heroísmo, las escaramuzas semejan saraos, torneos las batallas; flota por doquiera la espiritualidad y corren exquisitos aromas de gentileza y elegancia. No solamente soldados, juglares, segreres, trovadores, poetas se agolpan allí. Pero da Ponte describe el asedio de la ciudad, canta sus bellezas y llora la muerte del Rey; Bernal de Bonaval adquiere hacienda en el reparto; Men Rodríguez Tenorio ejerce oficio de almojarife y disfruta riquezas y casa solariega en la reina del Betis; Pero Amigo también se establece en ella; temporalmente la habitan Juan Airas, Pero Solaz, Gonzalo Rodríguez, Pedro de Armeá, el juglar Lorenzo, el juglar Ferrando, Pedro de Sigrás, Nicolás de los Romances y los trovadores vasallos del señor de Traba, Pedro de Ambroa, Juan de Guillade, Nuño Fernández de Mirapeixe, Pedro y Fernando Vello y Pay Suárez de Tabeirós, todos gallegos.

El Prelado de Compostela llega también. Imponíale el señorío temporal de la Tierra de Santiago la obligación de asistir al monarca en las funciones bélicas, y si bien hubo de retirarse pronto por orden soberana y a causa de enfermedad, San Fernando tuvo muy en cuenta su ayuda y Alfonso X le premió con pingües heredades, según consta en especial diploma. La Tierra de Santiago abarcaba entonces mucha extensión, comprensiva de los territorios de Noya, Padrón, Caldas de Reyes, Pontevedra, etc. Su arzobispo, aquel benemérito don Juan Arias, ya experimentado en cuestiones guerreras, acudiría a todos en demanda de medios, no desdeñando los navales, máxime cuando el almirante Bonifaz, por encargo regio, los arbitraba en las costas norteñas y siendo tan seguro que desde los días del gran Gelmírez la actividad marítima de Galicia fué en aumento y que naos y marineros gallegos solían participar en las expediciones oceánicas.

Aspecto de verdadera cruzada tuvo para los gallegos la guerra de Sevilla, y el entusiasmo fervoroso que en Galicia despertó el armamento trasciende a los *Cancioneros*, donde pueden leerse versos por él inspirados, y entre otros una graciosa cántiga del clérigo Ruy Fernández, de sabor, empero, marcadamente popular.

Nada se opone, pues, a la presencia de PAYO GÓMEZ CHARIÑO en Sevilla como marino, como noble y como poeta. A lo menos nos consta la estancia cierta de varios parientes suyos, tales como los Tenorio y don Juan García de Villamayor y la probable de otros allegados como Pedro y Garci Méndez de Sotomayor. Igualmente

es de notar que el único poeta con quien sabemos haber tenido relación literaria, Alfonso López de Bayam, estuvo en Sevilla, donde ambos se conocerían.

Cierto que ni la primera *Crónica general*, ni la de San Fernando de ella derivada, lo mencionan, ni sería de esperar dada la deplorable concisión con que refieren tan gran suceso, cuyos detalles eran notorios en sus días; verdad que tampoco aparece en el *Repartimiento* de las tierras, redactado algo después; mas ¿por acaso figuran en él todos los conquistadores? ¿Es esta relación tan precisa y detallada como hoy desearíamos? Del famoso Garcí Pérez de Vargas “no se sabe el heredamiento cierto”. Quien sí figura en ella es un *Gonzalo Gómez*, mercedor de sesenta aranzadas y seis yugadas de tierra en Campesina, términos de Aznalfarache, que muy probablemente sería el propio padre de CHARIÑO.

Por ventura lo que ese documento calla podrá hallarse en otros coetáneos. En el *Libro de diferentes cuentas* de la Casa Real de Castilla, correspondiente a los años de 1293 y 1294, tratando de “Los lugares que son dados de las tercias en el Arzobispado de Sevilla”, se lee este asiento: *En Xerez a don Pay Gómez — Sant Lucar de Barrameda*. Ya tenemos, pues, a CHARIÑO hacendado en la tierra sevillana, y aunque pudo serlo por merced posterior, no deja de parecer harto reparable la coincidencia.

La tradición adjudica a PAYO GÓMEZ una de las más gloriosas hazañas de la conquista, interpretando, acaso, con libertad la retórica lapidar de su epitafio. Quiérese que sus bajeles interviniesen en los combates del Guadalquivir y se quiere que el comandante, siendo uno de los “omes buenos et de buena companna et bien guisados” escogidos personalmente por Bonifaz para su ayuda, montase una de las naves, la “que yua de parte del Arenal”, la que primero embistió el formidable puente de barcas y cadenas tendido entre Triana y la ciudad el glorioso 3 de mayo de 1248. No rompió CHARIÑO el puente, pero lo quebrantó de manera que la otra nave que le seguía, capitaneada por Bonifaz, “pudo dar tan de frunte un tal golpe que se passo clara de la otra parte”. ¡Memorable golpe que aseguró la conquista de la tierra andaluza y estremeció de pavor el corazón de los musulmanes!

Que fueron dos “las mayores et mas fuertes que y auie”, las naves de la temeraria hazaña, consta en la *Crónica* y lo repiten los historiadores; que en la segunda iba Bonifaz escrito está en las

mismas fuentes; pero ¿quién mandaba la primera? Lo callaron los antiguos, mas los modernos no vacilan en llenar ese olvido, ciñendo la frente juvenil de PAYO GÓMEZ con inmarcesible lauro. Don Antonio Riobóo y Seijas, erudito escritor del siglo XVIII, parece haber sido el primero en concedérselo y desde entonces viene repitiéndose la especie. Y a falta de pruebas, preténdese robustecer la verosimilitud de los hechos con varios indicios y tradiciones, más o menos reparables y cuyo examen excede los límites de un discurso.

Y no tan sólo Pontevedra: otros muchos pueblos se envanecen de que sus bajeles o sus hombres pudiesen haber contribuído a la célebre campaña, y si bien no hay oposición en la mayoría de estos alegatos, no sucede lo mismo con las tradiciones asturianas que atribuyen a Rui Pérez de Avilés exactamente la misma proeza de CHARIÑO. Apurando las conjeturas, aún podría defenderse la compatibilidad, pues no sería imposible que ambos caballeros coincidiesen en la misma nave; pero suspendamos juicio hasta nuevos aportamientos y bástele por hoy a PAYO GÓMEZ la gloria de haber asistido a la conquista de Sevilla como noble y buen soldado.

A los promedios del siglo XIII corresponde un hecho trascendental en su vida. Tan bien emparentado, como sabemos, por entonces contraería matrimonio con una ilustre dama gallega perteneciente a la familia de Maldonado que adelante se estableció en otras comarcas con notorio brillo. Llamóse la dama *doña María Giráldez Maldonado* o “Maldoada”, conforme a antigua y actual costumbre de Galicia, y de este enlace no se puede dudar, pues la fortuna me ha deparado testimonios documentales en muy reciente hallazgo. Era hija de Giral Núñez Maldonado y fueron sobrinos suyos don Suer Pérez y don Rui Pérez, Maestres sucesivos de Alcántara en tiempos tumultuosos y cismáticos de la Orden.

Por estas fechas ya sería CHARIÑO señor de Rianjo, “primer señor” conforme al epitafio, aunque no podamos averiguar si por merced o heredamiento. Rianjo es un pueblecillo marinero que se mira en las ondas de la Ría de Arosa. Fué cabeza de jurisdicción eclesiástica, tuvo hospital de peregrinos, varias ermitas y un célebre castillo, casi cercado de mar, que protegía toda la ensenada hasta Taragoña dominando por tierra la campiña. Nada subsiste de dicha fortaleza, que aun en el siglo XVIII lucía los blasones de Sotomayor y Aldao correspondientes a los herederos de CHARIÑO, según documento que hemos publicado; pero sí un gran pazo de piedra

con amplio y trabajado balconaje y atribuído tradicionalmente al poeta. Por lo menos la fábrica no le corresponde ni se podrá remon-
tar más allá de la antepasada centuria.

Carecemos de documentos que reivindiquen para CHARIÑO el referido señorío, mas abundan refiriéndolo a su descendencia ya desde la hija doña Juana Mariño (Chariño, "senhora de Rrianjo" hasta la famosa heredera doña María de Mendoza, esposa de don Enrique Enríquez de Guzmán (tercer hijo del Almirante don Alfonso Enríquez), a cuyas manos pereció, en Bembibre, tal vez por culpa de sus muchas riquezas. Con ellas y con el señorío de Rianjo se acrecentó la casa de los señores de Quintana, adelante condes de Castromuevo y de Villaumbrosa y marqueses de Montealegre.

Lógico es imaginar que el Rey Sabio, tan amante de la poesía y poetas gallegos, entre quienes refulge como autor del más antiguo y más personal cancionero, distinguiese a PAYO GÓMEZ CHARIÑO y aun contribuyese a sus aumentos. Así sería natural y así lo entendieron ilustres escritores que le suponen servidor de dicho monarca y aun su valido hasta el punto de atreverse a zaherirle con tenses de escarnio. Frecuente es tenerle, según esto, como Almirante de don Alfonso y hasta se le supone designado, en unión de su pariente García de Villamayor, para la cruzada de Ultramar que proyectaba el soberano, opinión destruída por la cronología y los documentos. Por todo ello suele clasificársele en la corte literaria del Rey Sabio; mas no consta de un modo evidente amistad tan verosímil.

Sin duda que a estos días debe corresponder su mayor actividad poética y que entonces serían escritas muchas de sus cántigas de amor conocidas y otras que ignoramos; pero los textos históricos permanecen mudos y hasta las mismas canciones sólo remotamente aluden a sucesos del tiempo. Tampoco lo vemos figurar, dicho sea en su alabanza, en el nutrido coro de entusiastas y detractores de la bellísima y desgarrada María Pérez Balteira, por quien suspiró en vano el propio monarca de Castilla y que tan honda revolución produjo en las costumbres galantes del siglo XIII.

De base carecemos para admitir alguna estancia de CHARIÑO en Portugal, ya en la corte de Sancho II, ya en la de Alfonso III, según quieren Braga y la señora Michaëlis. Sus relaciones con el trovador Pérez de Bayam son el único dato que podría alegarse, mas es cierto que el fidalgo lusitano pasó a España y ambos se encontrarían probablemente en Sevilla. Ni siquiera tendrá valor la cir-

cunstancia de ser portugués el argumento de la canción de *escarmio* que sus nombres enlaza, pues el señorío de Bayão está cerca de Oporto y no lejos de Arouca, donde el poeta “había gran sabor de facer unha casa”, como expone en su trova, trova y “sabor” que pudieron muy bien ser conocidos de CHARIÑO sin moverse de Galicia.

Vagamente, cernidas por el arte y la distancia, nos parecen alejarse en sus bellísimas *marinas* quedas alusiones a derroteros náuticos y a jornadas navales de carácter bélico. ¿De dónde parte el navío que lleva “as froes do meu amigo”? ¿A dónde navega? No menos que a una ciudad sitiada para llegar al *ferido* a servir un “corpo loado”. Mas ¿qué ciudad? ¿Sevilla acaso?... ¿Por dónde viaja el *amigo* ausente cuyo regreso impetra la doncella hinojada?... No podemos saberlo, pero la sospecha de que PAYO GÓMEZ intervino en importantes episodios náuticos, crece y se arraiga. Quizás en el brillante desembarco de Cádiz, quizás en el desastroso bloqueo de Algeciras, quizás en las algaras con los piratas africanos, frecuentes en la época.

Que en ella era nuestro poeta personaje de cuenta, se deduce de la *Crónica* de Alfonso X, pues al referir la toma del alcázar de Zamora por el infante don Juan, manifiesta que se hallaba bajo la guarda accidental de la mujer del Merino mayor de Galicia, y añade: “E esta dueña era hermana de PAY GÓMEZ CHERINO”, como aduciendo un nombre notorio para esclarecer otro que lo es menos. A punto estuvo, con todo, de eclipsar al de su hermano el poeta: en esta ocasión ensayó don Juan la perversa villanía que adelante pudo estrellarse contra la sublime lealtad de un hombre; la mujer de ahora sucumbió: era madre.

Mas si carecemos de noticias de DON PAYO GÓMEZ durante estos años y de pruebas que acrediten su amistad con Alfonso X, abundan, en cambio, para demostrar la inalterable que profesó a su prole.

Cuando el impaciente don Sancho “tomó voz” contra el Rey y asumió la gobernación del reino como “fijo mayor heredero”, CHARIÑO siguió la nueva parcialidad, al igual de tantos otros, sin que sea preciso imaginar personales desavenencias con el viejo monarca, y muy pronto hubo de contarse entre los privados y favorecidos. De seguro no serían ajenos a este favor los gustos literarios del nuevo soberano, pues vemos como fueron sus amigos dos vates: don Gómez García, abad de Valladolid y PAYO GÓMEZ, ambos poe-

tas del *Cancionero* vaticano, y con amistad a todas luces anterior a la coronación de Sancho IV.

La primera merced fué el Almirantazgo de la mar.

Asombra la porfía con que Fernández Duro quiso privar de esta dignidad a CHARIÑO, pues ningún hecho de su vida se nos ofrece tan firme y demostrado. Como tal Almirante figura en los antiguos catálogos y a su almirantazgo alude el mismo poeta en una de sus cántigas más hermosas. “Por haber confirmado un solo privilegio (1285) se sabe que fué Almirante, aunque en ninguna de las acciones de mar figura”, escribe el fecundo historiador y al escribirlo demuestra su escasa diligencia, pues sin salirse de publicaciones vulgares pudo encontrar otros documentos con la rúbrica de *don Pay Gómez Almirante de la Mar*. Tales privilegios, en cantidad de una docena, van desde el 10 de agosto de 1284 al 8 de septiembre de 1286, no siendo preciso reforzarlos con otros inéditos que seguramente existen.

Por lo que toca a la ausencia de CHARIÑO en las empresas navales, ni puede concluirse de nuestra ignorancia, ni es tan decisiva como se pretende, ni de serlo dañaría a la verosimilitud del cargo, ya que otros Almirantes casi coetáneos se hallan en idénticas circunstancias. Lo que no puede ofrecer duda es que durante siglo y medio se eligieron para servir tan elevado puesto caballeros nobles nacidos en el litoral y que hubiesen dado pruebas elocuentes de pericia en la navegación y de bravura en los combates.

Como es sabido, el cargo fué creado por San Fernando para la conquista de Sevilla confiriéndolo a Ramón Bonifaz; después lo gozaron otros, siendo quinto almirante nuestro PAYO GÓMEZ. Cabe inquirir la importancia positiva que entonces alcanzaba la dignidad y hasta dónde se extendían sus atribuciones. Parece que a la muerte o cesantía de López de Mendoza se dividió el empleo, encomendándose a uno, denominado de Sevilla o del Mediterráneo, la dirección y mando de las galeras, y a otro, llamado de la Mar, el de los navíos *mancos* o sin remos destinados a navegar en el océano. Fernández Duro, negando a CHARIÑO lo excelso de “Almirante de Castilla”, se resigna a concederle lo de “Almirante de la Mar”, estableciendo en el Almirantazgo una especie de jerarquía; Saralegui, que estudió el asunto, concluye “que Almirante mayor y Almirante de la mar es exactamente lo mismo que Almirante y que si se dijo en un tiempo Almirante de Castilla, fué únicamente para diferenciarle de

su colega el Almirante de Aragón". DON PAYO GÓMEZ fué, pues, Almirante de Castilla con todas las preeminencias propias de la dignidad que Alfonso el Sabio expone en prosa inimitable, máxime cuando le vemos asumirla sin compañero, a diferencia de lo ocurrido antes y después de él.

Respecto a la fecha de su nombramiento, quieren algunos que lo recibiese de Sancho IV, todavía Infante, y aun se supone que lo llamaría en 1275 para organizar la flota contra Abén Yúsuf; mas esto es anticipar demasiado los sucesos. Si don Sancho lo nombró en tiempo de la rebelión, será difícil concretar la data, porque los documentos de este período llevan muy pocas confirmaciones. Lo innegable es que figura desde principios del reinado: en privilegio del 7 de agosto de 1284 no aparece el cargo de Almirante; pero en 10 del mismo mes ya suscribe como tal CHARIÑO.

De un solo hecho del nuevo "cabdiello de los navíos" tenemos noticia, y este hecho ni es marcial ni le honra en gran manera. "Seyendo DON PAY GÓMEZ almirante de la mar" obligó a los vecinos de Pontevedra a construir una "galea" para el Rey, no obstante poseer privilegio en contrario y no les obligó por celo de su oficio o prestigios de la patria, sino "por enemizad que abía con el arzobispo", señor de la tierra. Era este fray Rodrigo González, ex provincial de los dominicos. "Et el rey don Sancho tanto que esto sopo que gela mandara luego tomar; et la galea que estudiera y en el puerto de Pontevedra fasta que se podreciera". Fray Rodrigo gozaba del favor regio y el monarca tuvo "gran voluntad de hacerle bien et mucha merced porque siempre fué y es a mío servicio"; peleando además como soldado, le agradece en público la ayuda que "nos face con su cuerpo et con su caballería en las huestes que facemos contra moros". Acaso esta privanza excitase los celos de PAY GÓMEZ.

Tenía el Rey hecha promesa de romería a Compostela desde que Abén Yúsuf arrasaba las tierras de Jerez, y en el verano de 1286 quiso cumplir su peregrinación, llevando en el cortejo a CHARIÑO, según se ve por los documentos. Más de cincuenta años hacía que la tierra gallega no fuera visitada por ningún monarca castellano, desde el último viaje de San Fernando. A 8 de julio hallábase la corte en Villafranca de Valcárcel o del Bierzo, por donde entró en la región siguiendo el "Camino francés", continuó por Orense, Pontevedra, Santiago, La Coruña, Betanzos, Lugo y en 1 de octubre ya se encontraba de regreso en Astorga. Durante su estancia en la ciu-

dad del Lérez, del 18 al 26 de agosto, confirmó el Rey varios privilegios. Entonces sería cuando el Almirante aprovechase la coyuntura para obtener mercedes en beneficio de la tierra natal, acrecentando las conseguidas luego de las conquistas andaluzas, pues algunas de ellas proceden evidentemente de aquel tiempo.

Don Gómez García, abad de Valladolid y privado de Sancho IV desde su rebelión, cayó de esta privanza por abril del 1286 y murió de pesadumbre en Toledo a 29 de julio del mismo año. El Rey supo la novedad en Galicia y “plúgole mucho” al decir de la *Crónica*. Con la desaparición del Abad queda dueño del campo su enemigo don Lope Díaz de Haro y el aspecto de la Corte cambia prontamente.

PAYO GÓMEZ deja de ser Almirante, correspondiendo la última de sus confirmaciones al 8 de septiembre de 1286 y no es sustituido por ningún marino de profesión sino por dos familiares del señor de Vizcaya, los hermanos don Pedro y don Nuño Díaz de Castañeda. A la general mudanza política deberá achacarse esta cesación, rechazando toda sospecha de castigo por imaginaria sátira, o de arterías de los émulos y más la de destitución por alguna derrota naval de todos ignorada y más por el fracaso de Algeciras, absurda hipótesis que las fechas invalidan en absoluto. Tampoco me parece que hubiese de expiar el Almirante su devoción al finado ministro, pues la trova que se aduce es simplemente un *cantar de amigo*, donde el poeta lamenta sus finezas de enamorado poco o nada correspondidas de la dama, sin alusión ninguna política. Lo que quizá contribuyese a la remoción sería el asunto de la galera pontevedresa; el hecho parece haber ocurrido en Santiago mismo, donde el prelado pudo exponer sus quejas al Rey y utilizar todo el influjo de su afecto.

Sea como fuere, el propio CHARIÑO dedicó al suceso una cántiga tan linda como interesante, expresión de su ironía gallega y atrevida indirecta a la regia debilidad. No veremos, como alguno, solamente en ella “términos de viva y franca alegría”, incompatible con la marinera condición del autor y la importancia del cargo perdido; tampoco nos parece reflejo de la filosofía que le ampara en su infortunio, antes pensaremos con una escritora que “el poeta gallego, ya maduro, sabe mucho de las pasiones de los hombres y, en vez de *morir de amor* como su joven amigo, se burla del adversario oculto que a modo de castigo le aleja del mar”. No es de creer que

el de Vizcaya admitiese como buena la sinceridad de la explicación, pero sí que no dejaría de sonreírse, caso de conocerlo, leyendo aquel virotillo lanzado a la corona :

mais se foi el Rey
quen do mar meu amigo sacou,
saqueo Deus de coitas que afogou.

Un solo camino restaba expedito a DON PAYO GÓMEZ : retirarse de la Corte y de sus mudanzas, y tal lo debió de seguir, en efecto, pues la *Crónica* deja de mencionarle durante algunos años. En Galicia debió de quedarse el poeta mientras don Sancho caminaba la vuelta de Castilla y en Galicia pulsó más de una vez su vieja lira para trovar, no de amores impropios de su edad granada, sino festivas sátiras en decires de escarnio, nobles y dignos pero intencionados, que algunos sucesos del tiempo sugerían. Verbigracia, las Cortes de Palencia de 1286, en que se acordó la cuantía de los yantares regios, en forma no muy popular, por lo visto. Dedícale CHARIÑO una *tensón* jugando con el doble sentido de la palabra *yantar* en diálogo con cierto señor a quien correspondía semejante derecho: no se nombra el señor, pero es sin duda un monarca que ha tomado injustamente el tributo de *parada* en alguna localidad exenta por fuero. Para Lollis este monarca es don Jaime de Aragón, para Braga y doña Carolina lo es Alfonso X, mas las alusiones del cantar abonan por Sancho IV. Acaso el Rey Bravo sería también gastrónomo, como sabemos que lo fué su padre; por lo menos como a tal le moteja su antiguo Almirante.

Paréceme que a esta etapa corresponde asimismo aquella notable composición incluida en el *Cancioneiro da Ajuda* donde se compara con el mar al rey de Castilla. Algunos la tienen por la mejor obra de CHARIÑO; Braga, que la califica de “dura sirventés”, no vacila en atribuírla al propio rey Alfonso III de Portugal, “porque nenhum trovador se atrevería a tanto”; para la señora Michaëlis “desenha a índole liberal e grandiosa, mais versátil e contradictoria de Alfonso X con tanta nitidez, que custa a perceber como ninguem a reconheceu até hoje”; no falta quien la considere, al contrario, como “un canto a la magnificencia real..., como una lisonja, como un elogio supremo”. Para nosotros es lo que contiene: una sátira contra la versatilidad de Sancho IV, cuyas gracias y arrebatos tenía el autor bien conocidos, pues la comparación del mo-



marca y el océano viene a reducirse en que ambos son mudables, ora provechosos, ora adversos, como la fortuna.

Y en efecto, el natural impetuoso del Rey Bravo no consentía largas permanencias en la privanza. Trágicamente acabó la suya don Lope Díaz en Alfaro, la tarde del 8 de junio de 1288; mas no por ello cesó el ostracismo de PAGO GÓMEZ; fueron menester otros acaecimientos que más de cerca le tocaban.

Aquel poderoso magnate don Juan Alfonso de Alburquerque, deudo de la Reina y Adelantado mayor de Galicia, andaba alborotando el país, por consejo del ambicioso don Juan Núñez de Lara, y en su ayuda, según la *Crónica*. Para reprimir tales movimientos volvió don Sancho al Noroeste en el verano de 1291. Allí el poeta se presentaría al monarca y allí el monarca le tornó su gracia, y tan sinceramente que ya nunca salió de ella, antes hubo de recibir arduas comisiones y destinos de valía. El de Alburquerque fué residenciado, destituido y aun preso, si bien "a salva fe" por el propio CHARIÑO, según mandamiento soberano. Sosegada la tierra, hizo el Rey segunda romería a Santiago y se volvió a Castilla.

Con él regresó nuestro caballero, y a su lado permaneció en la Corte interviniendo en los negocios públicos. Fué uno de los que más desaprobaban la extrema preponderancia de don Juan Núñez el Gordo, y la *Crónica* le cita entre "los acuciadores que al Rey acuciaban", por desavenirle con el de Haro. Y cuando la desavenencia subió a rebelión, PAGO GÓMEZ aparece entre los capitanes de la mesnada real movida en 1292 contra don Juan Núñez, que corría las tierras de Alarcón y de Cuenca. No fué para enorgullecerse la empresa. Halláronse las tropas en Chinchilla, en un lugar que decían Cabrera, y por meterse "muy locamente" en una angostura, los realistas fueron derrotados de modo que don Juan Núñez mató muchos y los desbarató por completo. Lance más serio de lo que pudiera suponerse; el ejército real pasaba de 1.400 hombres que cejaron ante los 400 caballos del rebelde, quien ganó aquel día diez y siete insignias y pendones llevados a Valencia de Aragón. Mohinos pero salvos regresaron los capitanes, entre quienes los había gallegos, sin que sepamos de otra función guerrera de nuestro escritor.

Preso continuaba en tanto el de Alburquerque, mas no en sosiego ni libre de la real indignación, si bien amparado por la magnánima doña María de Molina, la cual, muchas veces, le salvó de la



muerte. Todo lo cual, así como la libertad que la egregia señora le devolvió cuando pudo, pagó el desagradecido traicionándola y huyéndose a Portugal, cuyos historiadores le califican de grande. Vacante, pues, el cargo de Adelantado mayor de Galicia, acordó el Rey investir con él a CHARIÑO, mirando sin duda a los prestigios que el noble trovador debía de gozar en su tierra y a lo útiles que serían en ella sus servicios, por conocerla como suya y contar allí con muchos parientes. Entonces, esto es, en 1292, recibiría tan elevada dignidad, sustituyendo al inquieto prócer, a lo que puede colegirse de las confirmaciones: en 22 de noviembre ya suscribe desde su nuevo puesto.

No fué nuestro poeta el primer Adelantado del país gallego, según alguien escribe, pues el oficio existía de mucho antes; pero el hecho de haberlo ocupado demuestra la elevada consideración de DON PAYO, ya que, aparte de la jerarquía, solamente se confirió a personajes de cuenta hasta que, vinculado en la casa de Sarmiento, lo fueron únicamente los Condes de Ribadavia y de Santa Marta de Ortigueira.

Crecía la privanza de CHARIÑO y sin abandonar la residencia a que su cargo le obligaba, con él se correspondía el soberano mediante mensajeros, alguno de cuyos nombres consta, y ocupándole en diversos encargos. Fué uno el asunto de la casa de Finojosa, que el Adelantado tomó en 1294 para darla a don Martín Alfonso, llamado Chinchorro, bastardo del rey de Portugal, y otro aquel por el cual hubo de pagar DON PAYO crecida suma a Alfonso Godínez. Estos y otros servicios recompensaron los monarcas con diferentes dádivas: en el propio año recibió 3.000 maravedises del Rey, quien atendía igualmente a su hijo Suero Gómez con sueldo de 2.200 anuales en la Corte. En ella figuraba su otro hijo Alvar Páez, como en años anteriores.

La prematura muerte de Sancho IV cortó la carrera a estos acrecentamientos y vino a ser funesta para CHARIÑO. Desencadenada la anarquía "en Castilla no podían las cosas tener sosiego". Tres reyes estuvo a punto de contar entonces esta parte de la Península y ninguno legítimo heredero: don Alonso de la Cerda, don Pedro de Aragón y el revoltoso infante don Juan. El Pertiguero mayor de Santiago don Fernando Ruiz de Castro abrazó el partido del Infante y con él otros muchos caballeros, siendo quizás el más decidido PAGO GÓMEZ. Era este don Juan aquel aciago y sombrío

personaje que cruza por la Historia cubierto de baldón eterno, el mismo que ante los muros de Tarifa puso el sello a sus maldades, el mismo que aspiró siempre a intitularse rey de Galicia, con más ansias que denuedo, no obstante el apoyo de los nobles galicianos, que añoraban los días de San Fernando. Más noble señor quisiéramos para nuestro poeta.

Apoderóse el Infante de varios pueblos y castillos, entre ellos de la tierra de Zamora, en la cual nombró por Alcaide a CHARIÑO, sin privarle por eso de su cargo de Adelantado, pues todavía confirma como tal en 3 de agosto de 1295. La Reina se acogió con su hijo a Valladolid y a Toro, que por ser suyas le guardaban fidelidad lo mismo que Zamora; mas DON PAVO iba ganando los ánimos, y al acercarse la Corte alcanzó "que se le enviara mensaje diciendo que solo el Rey con dos caballeros y su madre con dos dueñas serían admitidos en la ciudad". Pero la lealtad o la traición acechaban, y las arrogancias del rebelde iban a sufrir un rudo golpe.

Hallándose cierta día platicando los infantes don Juan y don Enrique en una dehesa de Ciudad-Rodrigo, y hallándose algo retirado PAVO GÓMEZ en su caballo, llegóse disimuladamente Ruy Pérez Tenorio y le atravesó el corazón de una cuchillada. Mientras el viejo poeta venía al suelo, huía veloz el matador; mas no le valió su diligencia: don Juan, ardiendo en furia, corrió en pos de él y le alcanzó y le dió la muerte.

Así pereció CHARIÑO, en el otoño de 1295, víctima de puñal acaso justiciero; la claridad de la *Crónica* no deja lugar a la menor duda. La que sí subsiste, y muy interrogante, es la relativa a las causas concretas del asesinato. Verosímil es que muriese por su parcialidad o bandería, pues sólo así se explica la venganza del Infante. En cuanto al asesino sabemos que era paisano de la víctima y hasta deudo suyo, como miembro de aquella familia pontevedresa de Tenorio, que adelante se hizo más célebre en la historia por su rama de Sevilla.

Manos piadosas conducirían los humanos despojos de DON PAVO a la tierra natal, depositándolos en el convento franciscano de Pontevedra, recientemente construído. Manos filiales, de seguro, pues consta memoria y memoria brillante de la descendencia. Su hijo mayor, *Alvar Páez*, fué también almirante en el reinado de Fernando IV; SUERO GÓMEZ figura en la corte del Rey Bravo;

Ruy Páez parece haber vivido en las tierras gallegas, y su hija, *Juana Mariño Chariño*, entroncó con la gran casa de Sotomayor, siendo abuela de otro Payo Gómez; Payo Gómez de Sotomayor, célebre enviado de Enrique III al Gran Tamorlán, y cuya novelesca vida reclama particular monografía.

Además de estos hijos carnales, dejó el Almirante poeta otros más numerosos de su espíritu que, animados por la vitalidad que infunde la escritura y propaga la imprenta, existen hoy plenos de lozanía, y con ella pasarán a nuestros sucesores: las trovas y cantares, de quienes es ya hora de pasar a ocuparnos.

De veinte y ocho canciones consta el acervo poético de CHARIÑO: once en el *Cancioneiro da Ajuda*, y veinte en los italianos, de las cuales tres son comunes y se reparten por los géneros en uso: cantares de *amor*, cantares de *amigo* y cantares de *burla*, o sea que PAYO GÓMEZ firmaría en todas las partes del antiguo e ignorado *Cancionero* general de la primitiva lírica de la Península.

Viejo trovador de tiempos remotos, sus rimas, un día famosas y tal vez populares, permanecieron largos siglos ocultas en los vetustos códices de Portugal y de Italia y permanecerán acaso en otros extraviados que la legítima curiosidad anhela y la diligencia persigue sin fortuna. Sorpresa fué el descubrimiento de sus poesías, como lo fueron tantas más que las compilaciones medioevales reservaban a las generaciones modernas.

Ellas conocieron primeramente las trovas de CHARIÑO, contenidas en el original portugués, aunque sin el nombre de su autor verdadero, pues no existen rúbricas en dicho códice, y las teorías de los ilustradores iban lejos del buen camino.

Lord Carlos Stuart de Rothesay es el primero que en 1823 las dió a la prensa, como anónimas, en su rarísima y semipaleográfica publicación; continuó años después el germano Cristián Federico Bellermann imprimiendo tres canciones que, al igual de los eruditos de su tiempo, suponía de la misma mano que todas las restantes del *Cancionero*, y éste sería, "muy provavelmente", el famoso *Livro das Cantigas* del Conde de Barcellos. Así lo creyó el fecundo diplomático brasileño Francisco Adolfo de Varnhagen en 1849, al publicar en Madrid no menos de 312 composiciones del códice lisbonense, y entre ellas once de nuestro poeta, atribuídas, claro está, al hijo de don Dionís. Síguese en 1863 un libro magistral

referente a la poesía palaciana portuguesa, obra del fundador de la Filología románica, Federico Diez; entre las cántigas copiadas y traducidas en verso aparece una de CHARIÑO, todavía sin su nombre. Mas no tardó en incorporarse al catálogo de la literatura nacional.

A la vez que se iba divulgando la compilación de Lisboa, entonces en el Colegio de Nobles, comenzaba también a ser conocido el *Cancionero* de la Biblioteca Vaticana. Ya en 1847 el doctor Lopes de Moura había entresacado de él las trovas del rey don Dionís, y Varnhagen mismo tuvo la fortuna, hasta ahora por nadie compartida, de gozar en Madrid una copia del apógrafo italiano en casa de "un grande de España" diez años más tarde, y de cotejarla al siguiente con el manuscrito de Roma. Atacadas seriamente las teorías unitarias de Diez y de Varnhagen por el romanista Grützmacher, fueron demolidas por el propio escritor brasileño, aunque edificando otra más extraña sobre sus ruinas. Consecuente Varnhagen con su innegable probidad, estampó hacia 1869 las *Novas páginas*, donde se restituyen cuarenta y nueve canciones a sus legítimos autores; tres de estas canciones corresponden a CHARIÑO y su nombre aparece entonces por primera vez como poeta. Al otro año, 1870, imprimía el activo diplomático su curioso *Cancioneirinho das trovas antigas* tomadas del Vaticano, y en la lista de trovadores consignaba de nuevo la firma de PAY GÓMEZ como autor de diez y ocho poesías que no se copian, con lo cual el Almirante poeta comienza a figurar en los libros de historia literaria. Theophilo Braga, apenas salido de las aulas, lanzó al público en estos tiempos no menos de cuatro volúmenes en que pretende resumir todos los aspectos de la lírica medioeval; en el segundo de ellos (1871), reproduce cuatro canciones de CHARIÑO, a quien mira como portugués, un tiempo servidor del Rey Sabio de Castilla.

De este modo trabajoso y fragmentario, y en lenta elaboración de medio siglo, fué conociendo el público las primicias tipográficas dedicadas a PAYO GÓMEZ, hasta que en 1875 Ernesto Mónaci, benemérito profesor de Roma, dió a la estampa su excelente edición paleográfica del *Cancionero de la Biblioteca Vaticana* y con él las veinte composiciones de CHARIÑO allí conservadas, que son las más hermosas de su lira. Desde ese día pudieron juzgarse los méritos de nuestro poeta, y el mundo estudioso conoció lo que representa dentro de la vieja lírica galaico-lusitana de que es fecundo tesoro

el *Cancionero*. Esto, no obstante el carácter erudito de la publicación, así como lo escasa que se va haciendo, exige otra más popular y asequible, ya que la precipitada restitución de Braga no llena, ni con mucho, necesidad tan perentoria. A ella han acudido, sin embargo, cuantos espigaron en esta mies granada para surtir florilegios y antologías donde no falta el nombre de CHARIÑO.

En cuanto al *Cancioneiro da Ajuda* halló, por fin, la fortuna debida a su importancia en la magistral edición de la señora Michaëlis, donde se traza notable estudio del Almirante poeta.

Públicas son, por consiguiente, todas sus poesías, y sin temor podemos leerlas. Ni un pensamiento vil, ni una palabra baja afean sus versos, entre los cuales no existen coplas de *maldecir*, generalmente soeces y procaces; ni una sola vez abusa de la libertad de otros trovadores para verter las heces de la concupiscencia; y el *serventés* y la *tensón*, géneros naturalmente resbaladizos, saben contenerse en los puntos de su pluma dentro del más limpio decoro, sin perder por ello la mordacidad satírica en que estriban su sal y su gracia. Espíritu fino y delicado, huye de todo lo grosero; jamás tuvo su lira la bronca cuerda licenciosa que resonó hasta en las regias manos de Alfonso el Sabio, y cuyos brutales desahogos ensucian las postreras páginas del manuscrito vaticano.

Noble es la fisonomía literaria de este hombre de mar; positiva la inspiración de su musa aristocrática, de gran simpatía su genio melancólico, gustoso de temas sencillos y sentimentales y de alto interés los recursos poéticos que derrama con notable originalidad, aun sobre tópicos manidos y asuntos resobados. Conforme a lo usual en otros trovadores, sus cantares de *amigo* sobresalen por la frescura y vida que les presta el sabor francamente popular; y dentro de ellos las melancólicas canciones, a modo de barcarolas, de novedad encantadora, exquisito recuerdo de sus empresas marítimas y de especial característica en la escuela gallega, tan rica en matices cuando huye la servil imitación de los provenzales.

CHARIÑO pertenece, sin duda, a los cantores del mar, ciclo fecundo en los cancioneros, como inspirados en un país de litoral extenso y variado, cuyas costas y cuyas rías compiten con las más ponderadas en grandiosidad y hermosura. No debía esperarse menos de un trovador Almirante.

Cuatro grandes poetas de inspiración oceánica cuenta el apó-

grafo de Roma: Juan Zorro, Martín Codas, Mendiño y PAYO GÓMEZ. De la serie poética del primero, especialista en verdaderas barcarolas, solamente tres canciones no hablan del mar; Codas, cuyos siete lindísimos cantares a la ría de Vigo le granjean la celebridad, “parece haberse dedicado especialmente a la composición de estas *marinas*”; una tan sólo nos queda del juglar Mendiño, pero tan fina y tan hermosa, que por ella se equipara gallardamente a los anteriores.

El mar que inspiró a DON PAYO en la primavera de la vida al componer cántigas que la amada pudiese entonar sonando el adufe, continuó inspirándole navegando hacia Andalucía en servicio de Marte, le inspiró en los palacios de los poderosos y en la corte de los reyes, cercado de asechanzas y de ambiciones, y aún pudo inspirarle, puesto al cabo de sus largos días, desengañado de los vaivenes de la fortuna y de la inconstancia de los hombres. En unos tiempos y en otros su perspicacia artística le inclinó a los temas musicales cantados por los marineros en los barcos y en los muelles, y con ambos apoyos supo tejer las aladas canciones que son la flor y la gala de su actividad poética.

Respecto a la extensión cronológica de ella tenemos suficientes indicaciones para asegurar que fué tanta como la de su larga vida. Forma el dato más antiguo la sátira contra Lopes de Bayam, que acredita coetaneidad con este capitán poeta, uno de los conquistadores de Sevilla (1248), y los más modernos, la bella poesía a su dejación del cargo de Almirante y la burlesca alusión a las Cortes de Palencia, sucesos acaecidos en 1286, cuando el autor era ya sexagenario. Contra lo sostenido por Michaëlis, que le supone trovando únicamente en los dos primeros decenios de Alfonso X, nos hallamos con treinta y ocho años de vida poética por lo menos, y en presencia de una admirable agilidad mental y de una frescura imaginativa prolongada hasta la vejez.

Sin duda que CHARIÑO hubo de relacionarse personalmente con muchos de los poetas gallegos, verbigracia: los presentes a las conquistas andaluzas. Debió de tratar al hermano de quien había de asesinarle, Men Rodríguez Tenorio, su paisano y deudo, trovador de imaginación reveladora del soldado; es probable su amistad con el famoso don Gómez García, abad de Valladolid y autor de anodinas cántigas de *amor* y de *amigo*, como lo es la que pudo unirle con Esteban Pérez Florián o Froyán, su compañero en la batalla

de Chinchilla, si efectivamente le corresponde la rúbrica de "Esteban Fayan", escrita en los cancioneros. Asimismo es de suponer contacto con Fernán González de Senabria, pariente suyo, a quien recuerda el Marqués de Santillana.

Relaciones literarias sólo conocemos las que haya tenido con el hidalgo lusitano Lópes de Bayam, antes mencionado. Braga entiende que se dirigió a los trovadores coetáneos sobre la cuestión amorosa "que peor e de sufrir o gran bem o gran mal", juzgando por uno de sus cantares, y doña Carolina le cree interviniendo en otro debate análogo: si son mayores los trabajos del mar o los del amor; mas este debate no parece haber sido poético, sino mero tema de conversación privada.

Por lo que al lenguaje y al estilo toca, nada importante se observa de especial en las trovas de PAYO GÓMEZ ni en el mecanismo morfológico ni en el vocabulario, corriente en los cancioneros. El idioma es el común a todos sus colaboradores, si bien no osaré afirmar que sea el genuino; quiero decir que, a mi juicio, no leemos estas poesías tal y como fueron redactadas. Cuestión importante ésta, aunque más propia de un trabajo de índole general que del presente.

No negaré yo, antes la afirmo, la identidad sustancial y originaria de las hablas gallega y portuguesa; tampoco se me oculta que las dos, cual ramas de un mismo tronco, más divergen cuanto más se desarrollan y, consiguientemente, más se acercan cuanto más a sus principios caminemos; pero lo que no considero axiomática es la afirmación "de que el gallego, y sólo el gallego, ha sido el idioma empleado por los primitivos poetas portugueses". Al contrario, creo que en el siglo XIII existían ya bastantes diferencias entre ambos, según proclaman los documentos. La igualdad resplandeciente en los cancioneros sobre el lenguaje de los trovadores de una y otra ribera del Miño débese a su condición de copias hechas de un original lusitano o lusitanizado por la ruda minerva de un amanuense de Italia ignorante del portugués y del gallego.

Peregrino y trascendental hallazgo, no ha mucho acaecido, viene a robustecer esta doctrina: el texto trecentista de las siete cántigas de Martín Codas, hartamente diverso del que se lee en el apógrafo vaticano, con divergencias que si en su mayor parte son ortográficas, también afectan alguna vez a la fonética; la grafía es por completo nueva y casi idéntica a la del gallego actual, bien distin-

ta de la portuguesa. Hay que admitir la existencia de una lengua gallega en el siglo XIII y aun de dos variantes de esa lengua: la popular o campesina de "os galegos, dice el Rey Sabio, que chaman donosiña" a la comadreja y la palaciana, aristocrática o literaria que el mismo monarca empleó en sus *Cantigas*.

Carentes, por desgracia, de un texto genuino de PAYO GÓMEZ, únicamente disponemos para adivinarlo de los documentos notariales, siempre con el temor de que reflejen demasiado el lenguaje formalista y pedantesco propio de las oficinas de todo tiempo.

Tanto los metros como las combinaciones métricas pertenecen a los más comunes de los cancioneros. Casi con exclusión se emplea el decasílabo agudo con ritmo ascendente, decasílabo yámbico muy apto para la entonación musical generalmente con aire ternario de *muiñeira*; PAYO GÓMEZ, poeta que gustaba de lo popular, debía preferir este verso coreográfico característico de Galicia. Oscilan las estrofas de cada canción entre tres y cuatro, dominando las primeras, y el número de versos de cada estrofa es, por lo común, de siete, menos en las cántigas de *refrán*, casi siempre de seis, partidas en la forma de cuatro y dos para el estribillo. Estas estrofas son constantemente singulares; pero en las otras se traban con diversas *maestrías*, ya en la forma típica del paralelismo acostumbrada en los cantos de "amigo", ya por enlace, ya por aparejamiento, ya por equiconsonancia, forma esta última que evidentemente placía al poeta.

De *escarnio*, mas no de *maldecir*, en el sentido de la poética galaicolusitana, nos quedan tres poesías de PAYO GÓMEZ rimadas en ordinaria maestría con decasílabos yámbicos en estrofas apareadas. Ya las conocemos; es una la respuesta al portugués Bayam, imitando la prosaica bajeza de sus rimas sobre maderas de construcción; es otra aquella en que se moteja a Sancho IV de injusto y comedor, cuyo texto depravado presenta serias dificultades de restauración, y la tercera, también contra el mismo monarca, contenida por acaso en el *Cancioneiro da Ajuda*, que es un cancionero de amores:

De cantas cousas eno mundo son
non veio eu ben cal pode semellar
al rey de Castela e de Leon
se non uha cal vos direi: o mar.

El mar da y puede mucho, sin él no regiría el mundo, y así es hondamente temido; mucho cabe en el mar, a muchos mantiene,

a muchos favorece en extremo y a muchos hace morir miserablemente; manso es el mar si causas ajenas no lo embravecen; pero si alguien le desdeña locamente, con gran tormenta le hará perecer,

e todo esto que vos conto, aven
al Rey se o souberdes conocer.

El grupo más nutrido de las obras del poeta hállase formado por los *cantares de amor*, en número de diez y nueve. Verdad que no brillan siempre con espontánea inspiración, achaque común de los trovadores de todas épocas y países, mas no se entienda que sólo habremos de encontrar insípidas imitaciones de modelos provenzales o expresión diluída de un amanerado lirismo, perdiéndose en enrevesados discreteos, no. Hasta en semejantes argumentos resobados, donde la originalidad es imposible, supo DON PABLO GÓMEZ derramar las elegancias de su gusto exquisito y la serena nobleza de su alma prócer.

Las menos sinceras de estas canciones se contienen en el *Código da Ajuda*, mucho más alambicado y metafísico que el vaticano, en que están las más y las mejores. Todas pueden clasificarse en dos grupos, por lo que mira al artificio: “cantares de maestría” y “cantares de refrán”; once corresponden al primero, ocho al segundo, las cuales llevan notoria ventaja a las demás, pues sólo el bordoncillo del “refrán” basta para darles mayor encanto. Ambas clases coinciden en la maestría, muy semejante, y en el metro, casi únicamente de decasílabos yámbicos.

Pero otra división más honda cabe también establecer en ellas: las que nacieron hijas del ejercicio retórico meramente o del prurito de vencer dificultades técnicas o de la ocasión de trovar sobre temas propuestos o rogados y las que brotan al calor de esa centella luminosa, súbitamente encendida en el alma, que llamamos inspiración, y que los afectos y las emociones alumbran cuando son realmente sentidos por quien sentirlos sabe. Poco diremos de las primeras, hojas marchitas en la poética corona de CHARIÑO; más de las segundas, ayes de un espíritu atormentado por la tiranía del amor.

A la época juvenil del Almirante, a la lozanía de la vida y de las pasiones se refieren las rimas en que el poeta discurre sobre si es peor de sufrir el gran bien o el gran mal; en que lucha con el deseo de componer una canción digna de su amada; en que ima-

ginariamente dialoga con ella, litigando su pleito, para escuchar esta intencionada respuesta:

—Non vos ha prol, amigo, ca ia sei
o porque era todo o voso amor,

y en que se duele de las ingratitudes, si bien no quiere, como otros, morir por la desdeñosa,

ca nunca tan ben lle podo facer
servicio morto como se viver.

Mucho más interesantes son las otras canciones donde parece historiarse una pasión “que luchando con un imposible no pudo pasar allá del platonismo”. Todas las eternas fases del amor están descritas en ellas y verosímilmente sentidas, pues la pluma del poeta corre sin tropiezo, dejando tras de sí surcos sembrados de emoción y floridos de poesía.

La inesperada vista de la dama, jardín de bellezas; la admiración suspensiva que embaraza la lengua “e non lle ousei mais de tanto dizer... que nunca dixei o que dizer quería”; la conciencia del fuego encendido: “cando eu vi ou o seu bon parecer, vi, amigos, que mia morte sería”. La arrobante contemplación de la hermosa sugiere a CHARIÑO un bello madrigal:

Señor, sempre os ollos meus
han sabor de vos catar
e de que os vosos pesar
nunca veían, e por Deus,
non vos pes e catarán.

Ardientes y abrasadoras, las congojas de la pasión hacen prorrumpir al trovador en amargos acentos constitutivos de una cántiga “muito boa”, según el viejo glosador anónimo del pergamino lisbonense:

Cuidábame eu cando amor non había
que non tuvese él conmigo poder;

¡vana esperanza!, el amor no perdona y con él llega hasta la idea de la muerte, antes rechazada, tan sólo por granjear pasajero gusto a la ingrata. Comienzan a concretarse los deseos y aparecen las súplicas e imprecaciones:

polo ben que vos quero, outrosí,
¡ay meu lume!, doédevos de mí.

La adversidad, crisol del cariño, interviene conduciendo a la se-

paración por su mano de hielo. Es preciso partir; el amante con-
fía a la dama su corazón traspasado, y

pois vosco fica a tan gran sabor
non-o debedes a desamparar.

Y allá marcha a navegar sobre los inciertos mares, y ya a bordo le
escuchamos resumir en sonoros decasílabos un debate habido con
los compañeros de jornada, decasílabos cuya calma serenidad de-
bía impresionar fuertemente a aquellos intrépidos marineros, ex-
perimentados en el mal de amor y en el mal de mar:

Cantos hoxe andan en o mar aquí
cuidan que coita en o mundo non ha
se non do mar, nen han outro mal xa.
Mais de outra guisa acontece hoxe a mí:
coita do amor me faz escaecer
a muy gran coita do mar e teer
por maior coita a que, faz perder
coita do mar que faz muitos morrer.

Pero la ausencia es... la ausencia. ¡No poder contemplar a la
amada! ¿Cómo soportarlo sin la consoladora ayuda del recuerdo?
De ellos "filla sabor" el poeta y son su vida:

ca desque non ví
vos, non vivera ren do que viví
se non cuidando en cal vos ví, señor.

Ya de regreso, el mismo amor le presta osadía para enderezar este
grito de pasión y de ardorosa impaciencia:

Par Deus, señor, e meu lume e meu ben
e mías coitas e meu muy gran afán
e meus coidados que a min coitas dan,
por mesura diceime unha, ren:
se me queredes algun ben facer
se non ia mais non vos posa atender.

Pero, ¡ay!, si clara ha sido la pregunta, harto clara fué también
la descorazonadora respuesta! Tronchadas sus ilusiones, muertas
sus rosadas esperanzas, piensa en alejarse, y así dice a la cruel,
temblando todavía de amor:

Ora me veño eu, señor, espedir
de vos, a que muito ha que aguardei
e ora de vos me quero eu partir
sen galardón de tamaño tempo hei
que vos serví e quérome ir viver
en atal terra u nunca pracer
veía, nen cante nen posa riir.

Y se ausenta tristemente consolado por su proceder idealista y noble. Mas para su desdicha no hay remedio; por doquiera le persigue la imagen adorada: “mal se a veio e mal se a non vir”; la flecha está de tal modo hundida que

mar nen terra, nen pracer nen pesar,
nen ben nen mal, non ma poden quitar.

Fácil es la búsqueda en los Cancioneros de trovas semejantes, ora en la forma, ora en el asunto; pero difícil hallarlas tan sentidas y tan llenas de realidad, timbre personal de PAYO GÓMEZ, nacido de su altiva independencia artística que repelía el servilismo de la imitación y la monotonía del amaneramiento.

Mas donde esta gustosa novedad resplandece en mayor grado es en los seis bellísimos *cantares de amigo* que forman la mayor gloria de nuestro trovador. Tal suele acontecer a casi todos los de los cancioneros romanos, como si al subrogarse en el lugar de la doncella recibiesen las ternuras y delicadezas de su sensibilidad femenina en transitoria metempsicosis poética.

He aquí un cuadrillo de género: las dos amigas conversan en secreto, tal vez a la sombra del viejo castaño, en un rincón del huerto florido. Curiosa la visitante inquiere la razón de aquella novedad, comidilla del pueblo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué reñir de ese modo con un “amigo” tan fiel y tan constante? La vecinita insiste; pero la visitada recela entregar su secreto:

—Non sei, amiga, que foi ou que e
ou que será, ca sabemos que non
vos erro nunca voso amigo e son
maravillados todos ende aquí.
—Non sei, amiga, él cada u e
aprende novas conque morre así.

Asunto frecuente de la lírica gallega estos diálogos entre jovencillas, y aun en uno de Esteban da Guarda y en otro de Galisteo Fernández, pueden hallarse semejanzas con el de CHARIÑO.

En diversa ocasión, la dama, a solas, cavila entre sí en lo mucho que su amigo le quiere y en lo mal que es correspondido; mas su propia vanidad y su propio cariño la consuelan, reflexionando

se me quer ben que lo quero eu mellor
e se lle ven mal que e por señor.

Nueva escena doméstica evocadora de un interior holandés ofre-

ce el cantar *CV.426*: la doncella engalanándose, roja de placer, para recibir al galán “que falar ven”, y la madre, experimentada y previsora, amonestándole insistente, “que nula ren non creades que vos diga”.

Uno de los recursos más usados en los cantares de amigo es la figura de la madre que les imprime aire de ternura y de hogar tan reales como placenteros; sobre ello y sobre las modalidades del tipo y su desenvolvimiento cabría discurrir no poco en disertación aparte.

Resplandeciente de “brío y de arranque lírico” se viste la barcarola *CV.401*, ya célebre entre las poesías de CHARIÑO. En la costa del Océano, sobre un peñasco salpicado por las olas, un bulto femenino sigue con la vista los veleros navíos que huyen sumiéndose en la bruma...

As frores do meu amigo
briosas van no navío.
E vanse as frores
de aquí ben con meus amores.
As frores do meu amado
briosas van en o barco.
E vanse as frores
de aquí ben con meus amores.
Briosas van no navío
para chegar a o ferido,
briosas van en o barco
para chegar a o fosado;
para chegar a o ferido
servir mi corpo belido,
para chegar a o fosado
servir mi corpo loado...

Por lo que toca al metro y aire musical, esta bellísima cántiga se relaciona con dos de Martín Codas, muy hermosas, así como con otra de Juan Zorro, siquiera éste no cante el mar, sino el ancho y “forte” río de Lisboa. Lo que no tiene semejante, y no deja de ser extraño, es la natural asociación del amor y las flores; la introducción del gracioso tema “las flores del amor”, que CHARIÑO repite en la barcarola siguiente, le corresponde por entero, ya que las dos poco explicables alusiones del rey Dionís “as frores do verde pino”, son evidentemente posteriores.

Después de la partida, las ansias del regreso. De hinojos ante la imagen del Patrón de España la niña enamorada, bajo la égida maternal, reza la jaculatoria impetradora:

¡Ay Santiago, padrón sabido,
vos me adugades o meu amigo!
Sobre mar ven quen frores de amor ten.
Mirarei, madre, as torres de Geen.
¡Ay Santiago, padrón probado,
vos me adugades o meu amado!
Sobre mar ven quen frores de amor ten.
Mirarei, madre, as torres de Geen.

Con razón escribe la erudita investigadora germanolusitana: “Um fundo gracioso puramente galégo... Os singelos dísticos encadeados... Um alternar harmonioso de rimas toantes em *io* e *-ado*; a repetição insistente dos suaves termos *amigo* e *amado* que as filhas do povo dão a quem querem bem; um refran repassado de vaga poesía, num rythmo movimentado, como ondas, mans e galheguinhas a dançar sacudindo a pandeireta”...

Pero ya se acaban las ansias y las zozobras; ya la tierna amante puede reposar tranquila; cesaron para siempre las angustias de los vientos y de las tormentas; no más preguntas balbucientes al marino que retorna; no más inquietas ojeadas a la nube ceñuda o al celaje sombrío.

Diséronme hoxe, ¡ay amiga! que non
e meu amigo almirante do mar,
e meu corazon xa pode folgar
e dormir xa; e por esta razon
o que do mar meu amigo sacou
saqueo Deus de coitas que afogou.

.....

Broche de oro para cerrar este placiente cancionero; cántiga histórica; documento solemne para el poeta cuyos encontrados pensamientos al componerla fácilmente nos imaginamos.

Por fin llego, señores, al término deseado; mas antes de abandonar esta tribuna a que nunca esperé subir, quisiera obtener una consecuencia de la pesada evocación que acabáis de tolerarme.

Sean cualesquiera sus méritos de poeta, no considero pertinente juzgar a DON PAY GÓMEZ como se juzga a un escritor de oficio. Al igual de Pedro Fernández Portocarrero, de Juan López de Ulloa, de don Pero González Barroso, de don Fernán Páez de Talamanca, de Men Rodríguez Tenorio, de los hijos del señor de Valladares y otros ingenios de los Cancioneros, fué un noble, un señor, un soldado que trovó por pasatiempo o por rendirse al imperio de la moda. Su verdadera personalidad es diversa, es la personalidad del

guerrero y del político, es la personalidad de los hombres del Norte que en tiempos heroicos rimaron con la espada la gesta de la Reconquista.

Nacido en los vergeles gallegos, corre al mediodía para derramar pródigo las energías de la juventud; sirve a su Rey por mar y tierra, y si en momentos de turbulenta confusión se extravía acaso, buscando la común prosperidad, todavía en servicio de su señor pierde la vida. DON PAY GÓMEZ CHARIÑO es claro ejemplo de la esforzada ayuda que Galicia prestó constantemente a la formación de la patria; es dechado de caballeros y de españoles porque en su pecho anidó ardoroso el más noble de los terrenos ideales, aquel por el cual todos luchamos y luchar debemos: la gloria de nuestra siempre adorada España.

DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON GABRIEL MAURA GAMAZO

Conde de la Mortera.

DISCORSO

DI GIULIO MARIANI

SEÑORES ACADÉMICOS:

La reciente reforma de nuestros Estatutos que asigna determinado número de medallas a los cultivadores eminentes de lenguas y dialectos regionales, os ha permitido llamar a vuestro seno al Académico novel, a quien me cabe la honra de saludar, como portavoz de la Corporación, en la solemne ceremonia de esta tarde. Pero estoy persuadido de que no habíais menester de mudanza tan considerable para recabar la valiosa cooperación del señor Cotarelo Valledor en nuestras tareas corporativas. De seguro que hubiese bastado la otra novedad introducida también por la última reforma orgánica: la disposición ministerial que nos faculta para elegir Académico de número a quien no resida permanentemente en Madrid. Allanado así el obstáculo reglamentario, habría sido indefectible que los merecimientos de nuestro nuevo colega nos sugiriesen su nombre, por tantos otros títulos presente en nuestra memoria y grato a nuestros oídos.

Los linajes del talento no ceden en calidad a ningún otro de cuantos transmiten herencias de fama; y la nobleza literaria obliga tanto como la de sangre, aun cuando tampoco sea frecuente hallar bien cumplida esta excelsa obligación social.

El apellido Cotarelo goza de antiguo en las letras españolas de bien ganada notoriedad; perpetúa en ellas la sana tradición de las generaciones que formó antaño la sólida cultura de humanidades, tradición truncada ya y aun en trance de pérdida total, en parte por desmaña de los rectores de la Instrucción Pública, en parte también por las inexorables y crecientes exigencias del materialismo económico dentro de la sociedad contemporánea.

El apellido Cotarelo quiere decir tanto como erudición y probidad bastantes para agotar el estudio de temas concretos, historiográ-



ficos o críticos y exponer sistemáticamente su contenido con llaneza y corrección irreprochables, bien en obras de consulta, bien en producciones de amena literatura.

Escrupulosamente fiel a este que podríamos llamar blasón de su estirpe intelectual se nos muestra don Armando Cotarelo en toda su ya copiosa bibliografía de libros, folletos y opúsculos, desde que no cumplidos los veinte años, vió aparecer el primero de ellos, con la publicación en tirada especial del artículo que en las columnas de la revista *La Juventud Escolar*, había consagrado a reunir breves apuntes biográficos sobre don Francisco Codera y Zaidín. Ya es sintomático que esta iniciación del publicista responda a un hidalgo sentimiento: la gratitud del discípulo hacia el venerable catedrático, propulsor en España de los preteridos estudios arábigos, expresada en justo homenaje a una gloria nacional, cuyo encarecimiento no he de hacer yo ahora ante vosotros, porque fuisteis varios los que venerasteis a Codera como maestro y a todos, de fijo, os sorprendió su pérdida, sin haber acertado a averiguar qué cosa admirabais más en él, si su sabiduría, su eficacia o su modestia.

Pero no es el agradecimiento la única virtud reflejada en aquellas páginas del publicista novel. Se escribieron ellas a comienzos de 1899, cuando recientes desdichas de la patria acongojaban a todos los espíritus; y el juvenil alumno de Filosofía y Letras de la Universidad Central pone término a su trabajo con esta exclamación: "¡ Hermoso y consolador ejemplo (el de la vida de Codera) para la España de hoy en día, en que toda virtud y toda gloria parecen habernos abandonado! "

Don Armando Cotarelo no se limitó a enaltecer este ejemplo; supo también aprovecharle y acertó además a seguirlo en el curso de la propia existencia. Su biografía tiene también la sobria elegancia de una hoja de servicios, en que los ascensos aparecen separados entre sí por sendas listas de méritos. Doctorado en Filosofía y Letras el año 1900, gana, por oposición, en 1904, la cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Santiago, a la cual acumula, en 1919, la de Teoría y Literatura de las Artes y desde 1925 un curso público de Lengua y Literatura gallegas, acordado en claustro pleno. Decano de su Facultad en 1908, es, desde 1924, Vicerrector de la Universidad compostelana. Cada cual de los años intermedios sirve de efemérides para conmemorar la publicación o realización de obras de cultura, tan señalada alguna como el *Estu-*

dio crítico del teatro de Cervantes, laureado en 1911 con el premio Berwick y Alba, por voto unánime de esta Academia, o la biografía de Alfonso III el Magno, que obtuvo en 1916 de la de la Historia el premio Santa Cruz.

Por eso dije antes que el señor Cotarelo Valledor, correspondiente nuestro desde 1914, posee de antiguo títulos sobrados para ascender a académico de número. Pero el prurito innovador que ahora predomina y que alcanza incluso a los institutos seculares, le franquea, por muy otro camino, las puertas de esta casa.

Es realidad trivial, de puro notada, aunque quizá no desentrañada todavía cumplidamente, el auge simultáneo de que gozan en el mundo moderno así el cosmopolitismo utópico, perpetuo debelador de toda frontera material o espiritual como las tradiciones nacionalistas exaltadas con frecuencia hasta el particularismo. Ninguna de estas dos orientaciones se puede seguir sin cautelas ni frenos. En la biología social, como en la humana, acontece que determinados gérmenes muy idóneos para contrarrestar la virulencia morbosa de otros peligrosísimos, producen, a su vez, cuando se multiplican o exacerban desmesuradamente, efectos tóxicos tan nocivos como los que se imputan a sus contrarios. Sin salir de Europa, sin remontarse más allá de los años transcurridos del siglo actual, sería fácil aducir ejemplos de cómo el apego a las singularidades locales en instituciones jurídicas, costumbres, habla y hasta convicción religiosa, ha servido, ya para preservar incólumes venerandos sentimientos patrióticos contra la vejatoria opresión de un poder público tiránico, ya para hacer ostensibles malsanas tendencias políticas que alienta un disgregador cuando no criminal separatismo.

Pero aun en estos últimos casos el destemple, estridor o desafuero nacionalista, no fué sino síntoma aislado de la enfermedad, que consiste siempre en la falta de interior satisfacción común a todos o a los más entre los moradores de la comarca. Por eso, el remedio tópico que atenúa o suprime la manifestación externa del mal sin extirpar ni corregir la verdadera causa de la dolencia, es error de gobernantes equiparable en la terapéutica humana a los empirismos del curandero.

Sean cuales fueren el acierto y la eficacia de la reforma que encomienda a nuestro Instituto, respecto de las lenguas y dialectos regionales, misión análoga a la que hace dos siglos viene realizando con el idioma nacional, será en todo caso innegable la convenien-

cia de preferir para colaboradores en estas flamantes funciones corporativas a quienes imprimen a su labor el carácter complementario que la compete, es decir, a quienes profesan un regionalismo concorde y armónico con los fines generales y permanentes de la gran patria española.

Habrà de cierto quien iguale, pero no positivamente quien supere a don Armando Cotarelo en el acrisolado impulso y sagaz desenvolvimiento de su especialidad particularista. Su vocación es tanto más espontánea cuanto que no ha nacido en tierra gallega, sino en el inmediato confín asturiano, en el privilegiado rincón de Ribadeo, orgullo de propios y admiración de extraños, porque no cede en hermosura a ningún otro de la maravillosa costa cantábrica, como tampoco el galleguismo de Cotarelo desmerece parangonado con el de sus más entusiastas cultivadores, los naturales de las cuatro provincias del Noroeste, que integran, desde varias generaciones atrás, un destacado elenco dentro de la intelectualidad española.

Por derecho propio figura ya en ese cuadro de honor el nombre del catedrático que hace un cuarto de siglo incluyó en el programa oficial de su asignatura unas cuantas lecciones dedicadas a estudiar ese pujante renacimiento galleguista del que fueron precursores, entre otros, el sabio arqueólogo Ramón Barros Sibeló, erudito explorador de la famosa vía romana mandada construir por Tito y Domiciano; Antonio María de la Iglesia, que en los tres tomos de su obra *El idioma gallego, su antigüedad y vida*, publicada en 1886, pone al alcance de todos noticias dispersas hasta entonces en libros poco o nada asequibles, por su monumentalidad o rareza, al común de los lectores; Francisco María de la Iglesia, hermano del anterior, cuyo drama romántico, en verso, *A fonte do Xuramento*, señala un considerable y afortunado esfuerzo para la creación del teatro regional; y, en fin, Alfredo Brañas, catedrático, orador, economista y poeta, corifeo del regionalismo político y de la descentralización administrativa, malogrado por temprana muerte.

Cierto que el esplendoroso rebrote de la literatura gallega culmina en la poesía lírica, cuyo cultivo deparó a España nombres de tan dilatada y sólida fama como los de Rosalía de Castro, Curros Enríquez y Lamas Carvajal; cierto también que son por añadidura delicados poetas gallegos los escritores castellanos que en otros géneros literarios adquirieron justo renombre, como el Marqués de Fi-

gueroa, Prudencio Rovira y la pléyade de jóvenes que imprime hoy a la prensa regional de su comarca característico sello de refinada cultura.

Pero el galleguismo renacentista no se circunscribe a la poesía, ni siquiera a las bellas letras, porque fiel al impulso inicial que acertaron a darle aquellos precursores, se extiende también a las artes y aun a las disciplinas científicas y aspira a recoger de lo pretérito o a estimular en lo presente todas las nobles expansiones del alma gallega.

Tampoco el dinamismo pedagógico de don Armando Cotarelo se satisface con el puntual ejercicio de su función docente, sino que, con muy varias actividades, trasciende y se multiplica fuera de la cátedra. El Ateneo León XIII, que él preside, da ocasión periódica para que en los juegos florales gallegos adquieran notoriedad los principiantes todavía desconocidos. Análogo servicio prestó Cotarelo a la juventud comarcana como director de la página literaria semanal de *El Eco de Santiago* y como fundador y director de la revista quincenal *Utreya*, cuyo modesto empaque editorial no impidió que, amén de la literatura, la arqueología, la historia, la crítica, la diplomática y las artes menores suntuarias inspirasen los documentados estudios que se insertaron en sus páginas, con depurada técnica y gran copia de hallazgos felices.

Don Armando Cotarelo, fundador y presidente desde 1923 del "Seminario de estudios gallegos" y organizador, en 1924, de la Fiesta de la lengua gallega, no olvidaba el excelente éxito que en 1909 obtuvo la Exposición regional, de la que había sido activo secretario. Cuando en 1926 la celebración del Año Santo prometió llevar a la ciudad compostelana número excepcional de visitantes nacionales y extranjeros, pareció aquella oportunidad muy propicia para una amplia Exposición del arte gallego, donde se exhibiesen reunidas no sólo las obras de los artistas regionales coetáneos, en pintura, arquitectura, escultura y mobiliaria, sino las de los maestros fallecidos y una pinacoteca de retratos de gallegos ilustres.

Presidió el Comité ejecutivo de aquella Exposición el señor Cotarelo y acreditó una vez más sus aptitudes de crítico de arte, notorias para los bien informados desde la publicación en las columnas de *El Imparcial* de Madrid, y en opúsculo aparte después, de los artículos que consagró, en 1902, a juzgar y comentar la Exposición

Rosales, instalada durante la primavera de aquel año en la rotonda del Ministerio de Instrucción Pública.

De "grandioso certamen" calificaba atinadamente a la Exposición santiaguesa el catálogo ilustrado que se publicó para guía de los visitantes; fué además benemérito estímulo de sano regionalismo, porque junto a firmas universalmente conocidas como la de Sotomayor en pintura y la de Asorey en escultura, se revelaron al público otras ignoradas hasta entonces, como la de "el pintor de Goján", don Antonio Fernández Gómez y la del sordomudo José María Acuña, cuyo grupo escultórico "¡Hoxe comeredes!" tiene la robusta virilidad heredada de los imageros clásicos.

De veinte años a esta parte no ha habido en Galicia concurso literario ni artístico en que no figurase como juez de certamen Cotarelo Valledor, cuyo nombre está también asociado a la génesis o al desenvolvimiento de cuantas iniciativas inspiró la refluorescencia de la cultura regional, y, muy singularmente, a la creación de la Academia gallega, de la que fué uno de los fundadores y sigue siendo miembro honorario.

En las columnas de la prensa regional se publican con frecuencia artículos de Cotarelo, escritos en castellano o en gallego, que suelen reproducir o comentar con elogio los periódicos de Portugal y los de la América española. No sólo en las cuatro capitales, sino en Santiago, Vivero, Redondela y Vigo, se conoce a Cotarelo como erudito conferenciante, cuyas disertaciones versan siempre sobre temas galaicos, de historia, de arte, de filología o de gramática.

Con expedita destreza maneja nuestro nuevo compañero el habla vernácula del Noroeste, como lo acreditan sus obras escénicas: el cuento dramático en tres cuadros y en verso titulado *Lubicán*, que evoca las luchas de los míseros aldeanos de la montaña gallega con las fieras que la nieve y el hambre empujan a veces hacia sus hogares, y son quizá menos temibles que algunos hombres; el drama *Trebón*, que tiene episodios de gran intensidad trágica, y la plácida comedia *Sinxebra*, escrita en prosa bilingüe. Bastarían estas producciones, gratamente acogidas por el público espectador, así en Santiago, donde se estrenaron, como en Coruña, Vigo, Habana y Buenos Aires, para acreditar a Cotarelo de poeta y prosista gallego; pero su dominio del idioma se comprueba, además, comparando la sencillez sintáctica de las breves narraciones y villancicos folklóricos publicados en la revista *Lar* y reunidos luego en

un opúsculo que se titula *Contos de Nadal*, y la reciedumbre de estilo con que escribió la fantasía trágicohistórica denominada *Hostia*, inspirada por la dramática muerte de Prisciliano en Tréveris, a fines del siglo iv de nuestra Era.

Ahora bien; la mayor y mejor parte de la bibliografía de este autor se nos muestra enderezada, como antes dije, a trabar vínculos espirituales entre la región cuyas singularidades pasadas y presentes escudriña con devota piedad, y la gran patria española, de la que son ellas meros rasgos fisonómicos, puesto que con los peculiares de cada cual de las comarcas que la integran y sólo con todos ellos se ha de caracterizar su figura ante el conclave de la civilización universal.

Cotarelo Valledor, gramático, filólogo y literato gallego, no ve con indiferencia la suerte de *El Castellano en Galicia*. Un folleto suyo, publicado con ese mismo título, comienza con estas palabras: "Aunque el gallego es un idioma especial y padre de rica literatura, desde el tiempo de los Reyes Católicos quedó reducido a la modesta condición de dialecto. Usase en toda la región; pero por los campesinos, menestrales y demás gentes del pueblo, no ocurriendo en Galicia como en Cataluña, que las personas de todas categorías se expresan comúnmente en la lengua del país. Aquí, no tan sólo es el castellano el idioma oficial, sino el que hablan todas las clases ilustradas, o que por tales se tienen, y el que todos, cultos o incultos, emplean por escrito en sus necesidades cotidianas." De estos hechos parte el autor para esbozar su estudio de la fonética, la morfología y la sintaxis del castellano que se habla comúnmente en Galicia, y añadir un copioso glosario de voces usadas allí como españolas y no insertas, o referidas a otra acepción, en la edición décimacuarta del léxico oficial, que era entonces la vigente.

Quien aplica ese criterio nacional a sus investigaciones gramaticales, no había de acometer las de índole histórica con el prurito particularista que es causa en otras regiones españolas de que se malogren con acidez corrosiva, sin madurar nunca, frutos dignos de mejor suerte, de muy estimables ingenios.

Me refiero, claro está, al particularismo deliberado, no a la especialización científica, que es muy otra cosa. La Fisiología política consiente también especializaciones análogas a las de los dermatólogos, histólogos o bacteriólogos en la Fisiología natural; y aunque sea evidente que la certidumbre de la verdad no resulta en el mundo



del espíritu tan asequible como en el de la materia, en entrambos, por igual, una vez comprobada positivamente la identidad de las causas se puede tener por indefectible la de los fenómenos. El historiador a la moderna que adopte los métodos propios de las ciencias naturales y se aplique a practicar intensos análisis de laboratorio, limitará, por fuerza, cronológica y geográficamente, el campo de sus observaciones, pero ello no perjudicará a la labor científica de quien esté advertido del verdadero carácter de sus hallazgos, necesitados luego de muy varias contrastaciones; porque la prevención de campanario o de secta es tan falseadora de la historia particular como la síntesis prematura o imperfecta por falta de análisis lo es de la universal.

La actividad investigadora y crítica de don Armando Cotarelo gusta a menudo de elegir temas locales y regionales, como lo comprueban los títulos de algunas de sus conferencias: “La catedral de Santiago” o “La Iglesia gallega en el siglo iv”, por ejemplo. Pero cuando acomete la empresa de narrar gestas colectivas, tales como la intervención de los estudiantes de la Universidad compostelana en la epopeya nacional contra los ejércitos napoleónicos, no se constriñe a los angostos límites de la monografía, sino que planea una serie de diez episodios, al modo galdosiano; y desde los dos primeros “Palladis Tyrones” y “La enseña radia”, únicos publicados hasta ahora, cuida de mostrar al *leitmotiv* santiagués como sintónico con los demás que resuenan a la sazón en todo el ámbito de España.

Constante y ostensible es la predilección de Cotarelo por aquellos asuntos que permiten encarecer la participación de los hijos de Galicia en los magnos episodios de la Historia nacional. Así, apenas publica en 1919 un concienzudo estudio sobre “Los cristianos españoles ante la invasión musulmana”, emprende otro, aparecido dos años después, acerca de “El límite septentrional de la conquista sarracena en España”, límite que documentadamente hace coincidir con el de la cordillera cantábrica; y en las páginas, todavía inéditas por desgracia, de la historia de Alfonso III el Magno, premiada como antes dije, por la Academia hermana, se comprueba también la no escasa gloria que cabe a los gallegos en la consolidación de la Reconquista leonesa.

Otro opúsculo del autor rememora los nombres de los ocho argonautas gallegos que el 20 de septiembre de 1519 zarpaban de San-

lúcar de Barrameda con la escuadra puesta al mando de Magallanes para descubrir el misterioso paso entre el Atlántico y el Pacífico, de todos los cuales uno sólo había de rendir viaje en Sevilla tres años después, a las órdenes de Juan Sebastián de Elcano, luego de circundado por primera vez el orbe terráqueo.

Compostelana es, en fin, la efemérides del 2 de abril de 1851 a que Cotarelo Valledor ha dedicado otro folletillo con el título de *La chispa mágica*. Pero no registra tampoco un suceso de puro interés local, sino la curiosa experiencia practicada en el patio de la Universidad de Santiago por el sabio catedrático de química don Antonio Casares y Rodríguez, durante la cual brilló por primera vez en suelo español el intenso fulgor de la luz eléctrica, científicamente obtenido.

Deliberadamente dejé para el final el aspecto más acusado de la fisonomía literaria de nuestro novel compañero, aquel en que hallan más adecuado empleo sus privilegiadas dotes de investigador y expositor: la monografía biográfica. Así en sus obras teatrales como en las novelas históricas y en la de costumbres titulada *El Pazo*, aparecida en 1923, se hace patente la soltura magistral de Cotarelo para retener con las ficciones de su fantasía el interés de espectadores o lectores. Pero también el biógrafo ha menester de este numen literario y no es frecuente hallarlo hermanado en un mismo ingenio con la escrupulosidad crítica inexcusable para cualesquiera lucubraciones históricas. Como dechado en su género se puede presentar el *Ensayo biográfico de fray Diego de Deza*, escrito en 1901 por el entonces jovencísimo Doctor en Filosofía y Letras, para concurrir al certamen que abrió sobre este tema en los Juegos florales de Zamora su Obispo a la sazón, don Luis Felipe Ortiz, honra y prez, menos conocida de lo que mereció serlo, del Episcopado español durante la última Regencia. El premio otorgado por unanimidad a don Armando Cotarelo recompensaba un trabajo que al aparecer impreso en 1905 mostró su calidad incommensurablemente superior a la de los que se suelen galardonar en concursos análogos, porque agota la materia y ofrece reunidos cuantos datos es dable allegar acerca de la vida y hechos del insigne Fray Diego, nacido en Toro, aunque oriundo de Galicia, como todos los de su linaje, maestro del Príncipe don Juan, fundador del Colegio de Santo Tomás de Sevilla, consejero de la gran Reina Católica, sagaz confidente de Colón, de quien escribe el descubridor de América, que

desde su llegada a Castilla “le ha favorecido y deseado su honra, y es causa de que Sus Altezas hobiesen las Indias.”

Indole biográfica tiene asimismo el tema que escoge Cotarelo para la memoria presentada en las oposiciones a la cátedra que desempeña, puesto que gira toda ella en torno de la legendaria figura de Sor Beatriz, la monja pecadora, a quien su sincera devoción a la madre de Dios preserva milagrosamente de la vergüenza y público deshonor, permitiéndola retornar arrepentida al humilde oficio conventual, que desempeñó en su ausencia, encarnada humanamente a semejanza suya, la propia reina de los cielos. Agotó aquí el autor el estudio de las fuentes y desarrollo de esta leyenda inspiradora ya en el siglo XIII de *Una cántiga del Rey Sabio*, y después, de tantas otras producciones literarias españolas y extranjeras, hasta las de Zorrilla y Arolas en los días nuestros.

Biógrafo es también Cotarelo cuando, asociándose en nombre de la Universidad compostelana a las fiestas del tercer centenario de la publicación del *Quijote*, inquiera en su discurso, pronunciado el 7 de mayo de 1905, las características de la belleza femenina en tiempo de Cervantes y reproduce los cánones con que las especificaban los poetas de entonces, que se muestran al rimarlas tan competentes, por lo menos, en la materia, como los jurados de los concursos de belleza de hogaño, harto menos propicios ahora a fundamentar sus fallos, no ya en verso, pero ni aun en prosa.

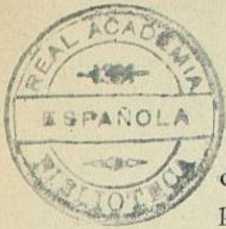
Biógrafo es Cotarelo cuando, en la apertura del curso académico de 1907 a 1908 de su Universidad, lee otro interesantísimo discurso enderezado a esclarecer la asimismo legendaria personalidad de “doña Estefanía la desdichada”; biógrafo, cuando el 30 de julio de 1909 evoca ante el Congreso nacional de Terciarios franciscanos la sorprendente personalidad de Sor María de San Antonio; biógrafo cuando el 31 de julio de 1916 rinde homenaje de gratitud a la memoria de don Eugenio Montero Ríos; biógrafo, en fin, esta misma tarde, cuando reconstruye ante nosotros, con traza vigorosa, la borrada silueta de un hijo ilustre de Galicia, cuya existencia puede servir como testimonio de que ya a fines del siglo XIII era uso de Castilla hacer los hombres y gastarlos. Este Payo Gómez Chariño que en plena juventud, durante los felices días del Rey Santo, inmortaliza su nombre con hazañas auguradoras de un porvenir espléndido, ve malograda en buena parte su madurez y prematura y sangrientamente truncada su vida, por las vicisitudes políticas que

entenebrecen los reinados de los inmediatos sucesores del glorioso conquistador de Sevilla. Las malandanzas del personaje en su vida pública son quizá el estímulo que le mueve a buscar en el cultivo de la poesía sedante para el ánimo, solaz y consuelo para el espíritu; pero lo que así ganaron las letras no compensó, de seguro, lo que con ello perdía la patria. Las luchas intestinas de aquella época infeliz quiebran también la trayectoria histórica de la monarquía castellana, fugazmente reanudada por Alfonso octavo, y otra vez abandonada después hasta la venturosa era de los Reyes Católicos.

Si los descendientes de San Fernando hubiesen acertado a conservar y acrecentar las energías nacionales que despertó la magna empresa reconquistadora de la Andalucía occidental, el embrionario poder naval que bastó a Castilla para adueñarse de la desembocadura del Guadalquivir habría medrado luego hasta sentirse capaz de afrontar en audaces expediciones los encrespamientos del Mar Tenebroso; y, convertido en pujanza nacional, habría hecho posible en tiempos de Juan I, no la irrealizable unión política de Castilla y Portugal por los solos azares de la sucesión dinástica, sino la fusionadora y fecunda colaboración en un mismo empeño civilizador de los naturales de uno y otro país; habría, en fin, capacitado plenamente a España para la ardua tarea maternal que en remoto continente la estaba reservada para un porvenir muy próximo, por designio inescrutable de la Providencia.

Es muy posible que entonces, marinos como don Payo Gómez y tantos otros conterráneos suyos, avezados desde la adolescencia a las rudas faenas del navegante, encallecieran practicándolas sus manos, hasta el punto de hacerlas inhábiles para el manejo de la pluma. Pero todos los españoles habríamos ganado con ese trueque, porque en ningún trance humano se antepone la afición a la vocación sin daño individual, y las más veces también colectivo.

He aquí cómo, en virtud de esa homogeneidad de contextura, que, según apunté arriba, ofrece desde sus comienzos hasta hoy toda la historia humana, una breve monografía puede entrañar enseñanzas trascendentales. No importa que sea relativamente humilde la categoría social del biografiado, siempre que el biógrafo tenga la pericia suficiente para disecar con provecho el trozo de realidad que es objeto de sus investigaciones. La existencia de Payo Gómez Charriño, iluminada ahora por la erudición de Cotarelo, puede servirnos tanto como las de muy conspicuos estadistas para



comprobar hasta qué punto yerran quienes juzgan a los regímenes políticos por la mayor o menor semejanza de sus instituciones con las predilectas de ellos o con las que a la sazón de formular el juicio se tienen generalmente por más perfectas y progresivas. La excelencia o ineficacia de un régimen político sólo se puede contrastar aquilatando si, dadas las circunstancias de tiempo y lugar, facilitó o no, mientras estuvo vigente, el cabal aprovechamiento de todas las energías coetáneas, espirituales y materiales, en beneficio de la patria común. Jamás puede ser acertado aquel que condene a gran número de buenos ciudadanos a la inacción política, por noble que sea el empleo que ellos acierten a dar a sus forzados ocios.

Cumpliría, señores Académicos, con infidelidad el honroso encargo que me conferisteis si continuase rindiéndome al deleite de glosar y comentar el sugestivo discurso del recipiendario. Pero no terminaré sin que conste que la bienvenida que en nombre vuestro he de darle, no se dirige tan sólo al literato de proteica actividad, periodista, conferenciante, catedrático, filólogo, crítico, dramaturgo, novelista e historiador, sino además, y ante todo, al genuino representante del renacimiento galleguista que trae, como tal, vibraciones de mocedad, esperanzada y ardida, a este hogar solariego de las letras españolas.

